

El edificio lo construyó en 1863 el capitán Foster.

El paisaje que se admira desde la balaustrada saliente de *Cliff House*, haría la reputación del pintor ó del poeta que lograran trasladarlo al lienzo ó al papel. Por una parte la bahía con su animación sorprendente; por el otro, el mar con su majestad augusta; al frente las islas, las alegres sembraderas, los ganados y las montañas.

En los barándaes que rodean el edificio, en los corredores, en los salones, sombrillas, gorros, paraguas, mujeres como arcángeles, caballeros y niños, dan al conjunto un aire de fiesta indescribible.

Yo todo lo quería ver, quería fijarme en todo y sacar las consecuencias más absurdas de mis primeras impresiones.

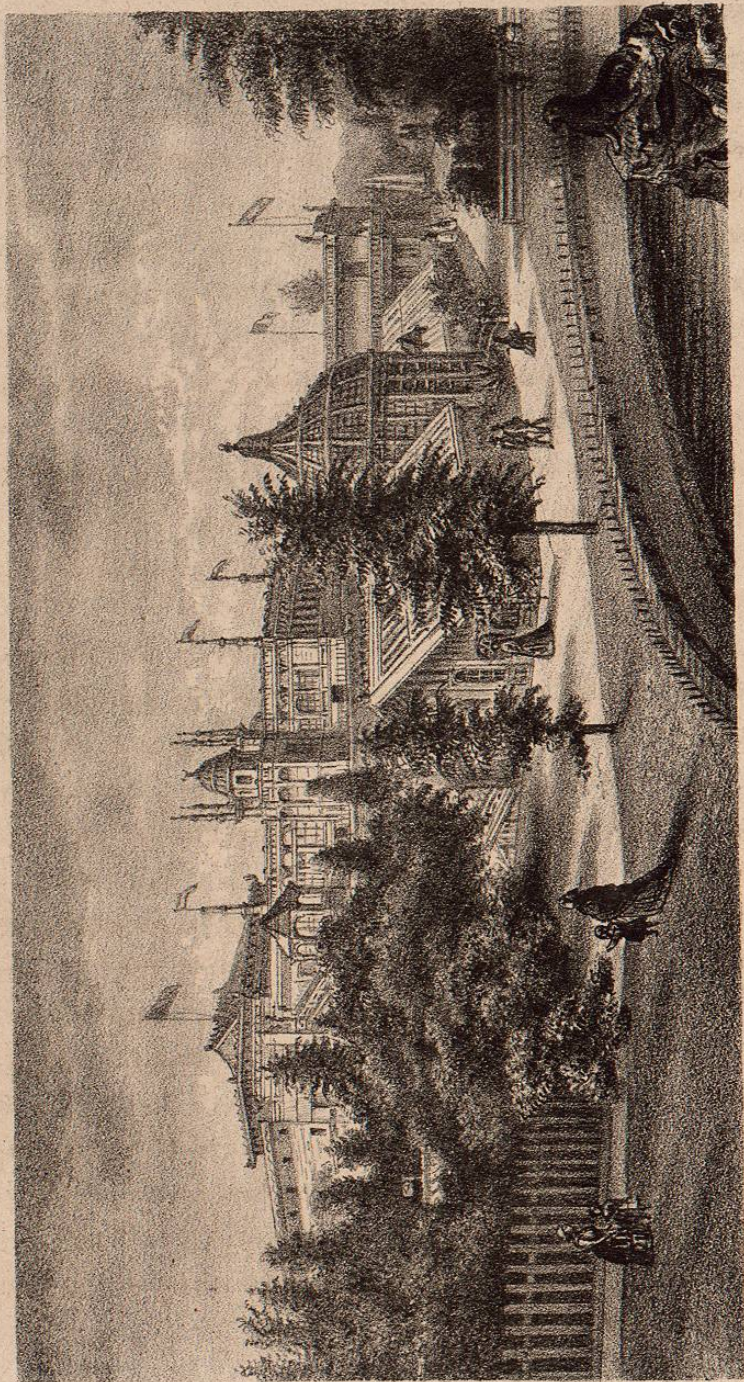
Mis amigos, que sabían que acumulaba datos y hacia apuntaciones, me procuraban medios para que hiciese á cada instante nuevos conocimientos.

—No deje vd. de apuntar en su cartera que en esta tierra se come sin cesar un instante, y que se podría navegar en la cerveza que se consume aquí diariamente.

—Hombre, ponga vd. que estas judías con su tez apañada, sus ojos negros, su nariz aguileña, fueron las que realmente crucificaron á Nuestro Señor, que los usureros de los judíos estaban demasiado ocupados en sus negocios, para andarse de Herodes á Pilatos.

—No ha visto vd. al médico espiritista? ni al frenólogo? La charla de los franceses es una reputación usurpada;





LIT. DE H. MARZ NIEMCO.

Vista del Jardín de Woodward.

los verdaderos saltimbanquis y charlatanes; aquí los tiene vd.

—Hombre, dí que aquí todas las mujeres son divinas y amigables: las ves, y te ven más; sonríes, y ellas se desmoldan; les tiras un beso . . . y metes la mano en el bolsillo, porque te enganchan á su brazo y te meten á tomar ostiones, que tú pagas por supuesto, y te despabilan los pesos con una habilidad extraordinaria.

—Ahora me perteneces, decía uno; vas á saber lo que son las *Matinés*.

—Yo estoy comprometido á que vaya, clamaba otro, á ver el barrio de California.

—Eh, Fidel! gritaba Carrascosa cuando me asomaba á la ventana. Hoy es la cita para ver el Depósito.

—Toma tu sombrero, replicó al fin Francisco, que esos señores esperan á la puerta para llevarnos á Woodward's Garden, y con esta son tres veces que los dejamos plantados.

Me separé de los amigos colaboradores, y cátennos vdes. en marcha para el Célebre Jardín, ornamento de San Francisco.

Como ya tengo dicho, despues de las calles principales se halla uno entre iniciativas de calles figuradas con latas, en las que hay, sin embargo, régias mansiones, falta de banquetas, tablazon y escombros, y parques, y jardines encantadores, solares abandonados, con montones de arena, en que los muchachos juegan á la pelota, con sendos garrotes en vez de *chacuales*; y *ladies* preciosas con sus botes de hoja de lata, que fungen de cestos, y sus libros debajo del brazo, marchan solitarias á su negocio, ni más ni ménos que un corredor de número.



Ocupa el Gran Jardín que visitamos un terreno espacioso sembrado de árboles y de exquisitas flores, entre las que las enredaderas envuelven profusas los muros de los varios edificios que contiene el Jardín, de formas gótica, arabesca, china y judía.

Sobre cada pabellón, *kiosko* ó galería, flotan banderas, sobresaliendo y prodigándose la americana, con vanidosa ostentación.

Frente á la entrada del edificio, nos llamó la atención un arco dentado de figura extraña: me dijeron que era una quijada de ballena ó monstruo marino. Yo abrí tantos ojos, y no dije oste ni moste.

Lo primero que recorrimos fué lo que llaman el Museo, formado de varios estantes incrustados en la pared y cubiertos de grandes cristales.

Las colecciones geológica y mineralógica son extensas y variadas; pero muy léjos de competir en riqueza con las de nuestro museo.

Las cristalizaciones y petrificaciones son muchas, colocadas con esmero; pero sin gusto, ni grande escrupulosidad científica, según algunos observaron.

En una sección de ese departamento existe una colección de minerales del Japon, formada por el japonés Jacques Kaderly, bastante conocido en el mundo científico.

Los gabinetes que forman el Museo que da al jardín, circuyen lo que se llama el pabellón y el *restaurant*.

El primero es un salón elíptico con su valla y sus gradas capaces de contener como mil personas. Allí se dan bailes públicos espléndidos; en el pavimento de madera, terso como el acero, patinan en invierno las hermosas, y cuando yo

lo visité había en el centro una orquesta alemana, de gran reputación y nombradía.

Contiguo al salón se ve el *restaurant*, con su armazón, su mostrador, sus mesillas, sus bebedores y sus periódicos, distinguiéndose entre espesas nubes de tabaco.

El departamento zoológico lo forma un inmenso patio, en que se ven por una parte jaulas para fieras y para aves; por otra, establos; por otra, largos corredores con jaulas, como celdillas con rejas, residencia de los monos, y en el centro un pozo en cuyo fondo se solazan los osos, teniendo la facultad de ascender á una plataforma bastante distante en el brocal del pozo, cuando se quieren dar en espectáculo.

La multitud recorre aquel lugar para conocer al tigre feroz, á la pantera inquieta y alevosa, al gato montés amenazador, al leopardo ágil y atrevido.

En el establo se examinan búfalos, camellos, bisontes, llamas, zebras, caballos de diferentes razas y algunos burros indiferentes á cuanto les rodea, como cualquier filósofo de primer orden.

El lugar más concurrido de la *menajería* es el de las jaulas de los monos, y confieso que yo disenti del general parecer.

Ese plagio carnalesco de la figura humana; ese juego grotesco de la fisonomía del hombre; esa especie de demente ó de idiota que nos provoca con su semejanza y humilla nuestro orgullo con el miedo de la certeza de su paternidad; ese parecido á personas que tienen rango social y á las que tenemos la mano de amigo ó llamamos parientes, todo eso, lo confieso, me mortifica, me horripila, me hace estar inquieto y humillado frente á un mono.



Hay monos de todos tamaños, glotones, atrevidos, impúdicos, que nos interrogan con la mirada y quieren establecer inteligencia con la acción; los muchachos se pieren de gusto con estos borradores de hombrecillos; les pinchan, les tiran frutas, les azuzan y les irritan.

El pozo de los osos es sombrío, está coronado de gente. Los animales, cabizbajos y taciturnos como un juez íntegro, suben á la plataforma, hacen sus maromas y suelen presentar espectáculos poco adecuados para las señoras y para los niños.

—De todo esto ha visto vd. mucho en México, me decía un amigo: lo que puede que le ofrezca algun interes es el *acuuario*; pase vd. por este costado.

Atravesamos el primer patio, en que nos detuvimos á ver un leon marino, con el que se entretenia la gente arrojándole sendos trozos de carne que devoraba, y nos detuvimos al frente de una cueva oscurísima.

La cueva parecia abierta en la roca viva: es bastante extensa, y á algunos pasos del cañon de la entrada, se abre una especie de salon circular de bastante amplitud.

En ese punto, habituados los ojos á la oscuridad, comienzan á percibir como lampos de luz en las paredes, hasta aparecer del todo iluminadas y cercándonos por todas partes.

Entónces, recuperados de la sorpresa, á nuestros lados y sobre nuestra cabeza, como si estuviéramos sumergidos en el agua, vemos pasar pescados de todas formas y colores, con sus caras de sordo, sus hocicos aguzados ó redondos, conservando abiertos sus ojos saltones é inmóviles.

Van, vienen, ascienden, se precipitan, se agrupan, riñen y se separan.

El cangrejo despatarrado y torpe, la anguila escurridiza, el pez espada bélico, el tiburón con su aspecto de sargento serrano hecho general de brigada, y todo como se palpa al través de los cristales, y como que se abre para el hombre el misterio de los mares y completa su señorío del universo. . . . Esta iniciación en la vida íntima de los peces me agradó infinito, y es uno de los espectáculos que más llamó mi atención en San Francisco.